

Baluceos poéticos de Ortiz de Montellano

LOURDES FRANCO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

El primer libro de poemas de Bernardo Ortiz de Montellano se publicó en 1921 bajo el título de Avidez, con una dedicatoria a la memoria del poeta Amado Nervo y un epígrafe de Tagore: "Avidez es la vida". En efecto, este primer libro representa el afán juvenil de devorarse la vida con hambre infinita, se trata de una etapa de transición muy cercana a la estética modernista: "Riman los peces ágiles sus oros / en sutil pentagrama de amatista" (1921 25). Pero ¿qué hubo antes de Avidez? ¿cuál es la ruta que culmina en este primer libro salido del linotipo?

Hasta ahora casi nada se sabía de este ejercicio previo; algunos poemas publicados en la prensa nacional y en revistas literarias dan cuenta de los atisbos del joven poeta. La Universidad de Princeton alberga en el Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales de la Biblioteca, un archivo Ortiz de Montellano —enviado a esa institución por su viuda, la señora Thelma Lamb— que contiene, entre otros materiales varios y documentos, un texto manuscrito, ordenado en un cuaderno a manera de libro con la siguiente portada: "Libro de amor y de ensueño. Primeros frutos de un espíritu poeta porque siente la vida. Recopilados por Bernardo Ortiz de Montellano de B. Tizor de Noyatemon (autor desconocido) 1916. Imprenta Bouret —1916— París-México". Este libro es, desde luego, como lo menciona su título, el

producto de una ensoñación, de una fantasía: la de ser poeta y llegar a publicar en la casa editora que albergara en su catálogo a las grandes figuras del siglo XIX. Ésta es la primera expresión poética surgida de la pluma de Ortiz de Montellano. Su íntimo amigo, Jaime Torres Bodet, se inicia también por la misma época; bajo el rubro de "Poemas juveniles (1916-1917) se recogen en Obra poética cuatro poemas de esta etapa incipiente: "Primavera", "Noche de luna", "Alma que en el silencio" y "A través de la honda...". Más cercano a Darío, el numen de Torres Bodet se solaza en los paisajes bucólicos de inspiración parnasiana, con un sentido más maduro del ritmo y de la forma que el que posee por entonces Ortiz de Montellano.

De 1916 es La sangre devota de Ramón López Velarde con quien no le unen, al menos en ese momento, lazos significativos. También, como el poeta de Jerez, Ortiz de Montellano vuelve los ojos al ámbito mexicano, pero su concepción del indio y de la raza se acerca más a José Santos Chocano y a la poesía romántica, con una imagen estilizada e inexistente del antiguo esplendor prehispánico: "este mi enviado que viste como yo de azteca / (indio fornido y ágil cuya vida es un sueño / audaz y vengativo con aquel que lo increpa)". Para este mismo año Enrique González Martínez publicaba, con un retrato de Saturnino Herrán, la segunda edición de Silenter de donde Ortiz de Montellano recoge la premisa de la huella grabada intensamente¹ y el gusto por el adjetivo "flébil" que recuerda, en la plenitud del modernismo, los ecos taciturnos de la poesía romántica. También a instancias del maestro, sin desviar la mirada de sí mismo² lo contempla todo con un dejo de afectado decadentismo: "medito, observo, siento, escribo y nada / sé que me sirva en la vida..." Los clásicos, aparecen

¹ "Que todo deje en ti como una huella / misteriosa grabada intensamente" vv. 5, 6 de "Irás sobre la vida de las cosas", de *Silenter* (1965 14).

² Alusión al verso de González Martínez: "que sin desviar los ojos de ti mismo", v. 19 del antes citado (15).

subrepticamente en un eco de las lecturas escolares a través de la alusión al famoso madrigal de Gutierre de Cetina.

El eclecticismo modernista permite la coexistencia de ciertos rasgos románticos, como la individualidad a ultranza y el aire nocturnal y fúnebre, con el gozo de la realidad circundante que distingue a los parnasianos, y con los estados de alma emanados de las cosas que propugnaban los simbolistas, envuelto todo ello en esa atmósfera decadente de Baudelaire, aquel rey joven y envejecido. “Tu cara está dotada de la finura arcaica / de un cuadro de Watteau” apunta Ortiz de Montellano en este texto iniciático que ahora damos a conocer, recordando, sin duda, la definición que del pintor hiciera el autor de Las flores del mal: “Watteau, este carnaval donde lo mejor de los corazones ilustres, / como las mariposas, vagan resplandeciendo”³.

Los estertores del Positivismo están presentes en esta incipiente expresión poética donde la fe salva y la ciencia, en cambio, es apenas una interrogación. Tímidamente se acerca también Ortiz de Montellano a esa dualidad abismal de la religiosidad y el demonismo que condujera al Tablada de la “Misa Negra” a la culminación del proyecto de Revista Moderna. “Es tu boca rosal que se deshoja / en rosario de besos; / soy fanático devoto de esos rezos”, dice el joven Montellano, sin que se altere en esencia su verdadera devoción cristiana, puesta de manifiesto en el poema de esta serie: “Maestros” donde conjuga bajo la ética del amor, las figuras de Sócrates y Jesús; el novicio fluctúa entre la reciedumbre de sus creencias religiosas y las tentaciones sacrílego-eróticas, sin llegar, desde luego, al binomio del león y la virgen que Villaurrutia destacara en López Velarde (1942).

La dinámica generacional establece claramente el proceso de aceptación, imitación y ruptura que acompaña a todo cambio estético. En

³ “Watteau, ce carnaval ou bien des coeurs illustres, / Comme des papillons, errent en flamboyant”. Charles Baudelaire. Primeros dos versos del sexto cuarteto del poema: “Les phares” (1974 46).

el caso de los Contemporáneos, se habla sólo del proceso de ruptura encarnada en la famosa antología avalada por la firma de Cuesta, pero concebida colectivamente, en la cual la ausencia del Duque Job y la severidad de los juicios a la expresión desgarrada y confesional de Nervo, levantaron ámpula en el mundo literario mexicano. Nada se dice en cambio de la etapa previa: la de la imitación devocional de los modelos precedentes, quizá porque poco o nada se conoce de los procesos de noviciado. En el caso concreto de Bernardo Ortiz de Montellano, este "Libro de amor y de ensueño" permite rastrear las fuentes donde bebe su numen precoz, y esas fuentes son precisamente Amado Nervo y Manuel Gutiérrez Nájera.

De Manuel Gutiérrez Nájera, Bernardo Ortiz de Montellano retoma en "Libro de amor y de ensueño" el modelo de femineidad dotada de evanescencia, de candor, pero al mismo tiempo de un leve toque de picardía; la musa del Duque, alta, rubia, blanca que "algo de reina en el mirar tenía"⁴ detenta sus ecos en la poesía juvenil de Ortiz de Montellano, quien emula al modelo en este afán persecutorio e inalcanzable del sentimiento consumado; el amor es un pretexto, un hálito que inflama la vida en su perenne juego de pérdida y anhelo, en esa dialéctica sin fin en la que el dolor es sólo una forma indiferenciada de la pasión. La amada en el primer poema, más que evocar a la "Amada Inmóvil" nerviana, guarda mayores semejanzas con la "rubia griseta" del Duque Job. También en el ámbito de lo religioso, la sensibilidad del anfitrión colocado al pie de la escalera está presente; miembro de una familia creyente, como quedó apuntado líneas arriba, Ortiz de Montellano coincide con Gutiérrez Nájera cuando éste afirma: "Feliz aquel que sus creencias funda / En esta inmaculada fe cristiana, / En virtudes y bienes tan fecunda / Como el Supremo Ser de quien emana"⁵. El élan, el arrebatado que acompaña los ímpetus najerianos es emulado por el pupi-

⁴ Manuel Gutiérrez Nájera, v. 94 de "La noche de San Silvestre" (1979 65).

⁵ Estrofa 13 de "La fe de mi infancia" (1979 53).

lo, como también persigue afanosamente el spleen que dota al poeta de un sitio “en las filas bienaventuradas de las santas regiones”⁶.

Sin embargo, del Parnaso mexicano la figura que indiscutiblemente ejerce una decidida y clara simpatía sobre el ánimo de Ortiz de Montellano es la de Amado Nervo. La prueba más contundente fue sin duda su biografía del poeta nayarita: *Figura, amor y muerte de Amado Nervo* (1943), escrita apenas seis años antes de su muerte. El archivo de Princeton guarda, además, otras pruebas fehacientes de su constante devoción por el autor de *Serenidad*: un guión cinematográfico sobre su vida, la dedicatoria de *Avidez*, un poema escrito el 8 de mayo de 1918 al cual presiden dos versos de Nervo: “Procure usted creer que soy un espíritu, / un diablo desinteresado”. En este poema Ortiz de Montellano se identifica con la búsqueda incesante del amor de Fausto; el poema termina con los versos: “qué debo hacer; envíame un Mefisto (¡alma mía!) que no sea interesado”. La súplica de Ortiz de Montellano se encarna en Nervo; será él quien instruya al joven en las lides del amor y, más que del amor, en la lides de la nostalgia y la melancolía. El 24 de junio de 1919, justo un mes antes de la muerte del autor de *La Amada inmóvil*, un epígrafe de Nervo preside otro poema, también inédito: “Siento que algo solemne va a llegar a [sic] mi vida”. Estos versos fueron transcritos seguramente de memoria —dado el error de uso de la preposición *a* por la preposición *en*—, y fueron tomados del poema “Expectación”, escrito por Nervo apenas cuatro años antes, el 20 de marzo de 1915. Tanto el poema de Ortiz de Montellano, como el de Amado Nervo acusan angustia existencial ante un futuro incierto, sólo que el poeta de *Elevación* cuestiona a la vida desde el final del camino, cuando todo parece resuelto y, sin embargo, existe un hábito de incertidumbre que aún permite esperar de la existencia el milagro de lo imprevisto. En el caso de Ortiz de Montellano,

⁶ Charles Baudelaire, “Dans les rangs bienheureux des saintes Légions”, v. 2 del 16° cuarteto de “Bénédiction” (1974 36).

la barca está fondeada en el principio, toda la vida es una oferta gozosa, mas no por ello deja de estar presente la angustia: "y no obstante que busco en mi conciencia / como buzo en el mar la perla oscura, / ignoro todavía su fina esencia / no acierto a comprender su investidura".

En este manuscrito de 1916 que ahora damos a la luz, llama la atención el adjetivo "divino" adjudicado a Nervo. Los atributos de toda divinidad: la galanura, el poderío, la omnipotencia, acompañan al nombre de quien fuera la inspiración cierta de Ortiz de Montellano, pero más significativa aún que el adjetivo, es la naturaleza misma del poema citado: "Mediumnidad" del libro Serenidad. Tanto Gutiérrez Nájera, como Nervo, coinciden en afirmar que la poesía no es un producto del intelecto, sino de la inspiración divina, y que el poeta es sólo una instancia intermedia. Ortiz de Montellano se coloca así, como sus maestros, en el papel de conductor complacido de la voz universal. Como en el caso anterior, los versos son citados de memoria porque también aquí hay un error: "si mis rimas fuesen bellas" dice el poema, y no fueran como cita Ortiz de Montellano.

El poema que abre el "Libro de amor y de ensueño", catalogado como "imitación de 'Gratia Plena'", pretende, en efecto, ser una paráfrasis, entendida como "proposición equivalente en el significado pero no en el significante". El acercamiento que haremos a ambos poemas demuestra que la imitación es sólo aparente, y que la semejanza es más de ritmo interno que de forma y fondo; acaso ciertas palabras capitulares crean la ilusión de similitud. La primera gran diferencia se da en la estructura: mientras "Gratia Plena" contiene 25 versos alejandrinos de rima consonante, el alumno registra 16 versos de diversos metros con algunas asonancias, ordenados en tres estrofas de cuatro, seis y seis versos cada una. Mientras Ana Cecilia es una figura real, perfectamente definida por un aire de rancia aristocracia que le pertenece de manera natural, la amada de Bernardo es apenas la presencia de una quimera y el esbozo de un ideal. "Todo en ella encantaba, todo en ella atraía", dice Nervo, y Ortiz de

Montellano propone: “todo en ti me seduce, todo en ti me conmueve” que desvía el foco de atención del objeto amado al sujeto que ama, en un tiempo presente que elimina de manera automática el sentido trágico de la pérdida en el poema original. Lo que en Nervo es mito, en Ortiz de Montellano es quimera. El eterno femenino que en Nervo es angelical, evanescente e ingrátido, en Ortiz de Montellano es carnal y vívido, pero débil. “¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fue mía!” dice Nervo y el alumno, tratando de emular la fidelidad del maestro, aventura: “¡Cuánto, cuánto te quiero! ¡ya nunca querré más!” vehemencia que produce en el lector un irreprimible sentimiento de ternura ante la candidez del adolescente que desconoce aún los avatares del destino y el sentido profundo del quehacer poético. Pero, indiscutiblemente, la mayor diferencia entre ambos poemas está en la adjudicación de la pureza mariana a la evocación de Ana Cecilia, lo que constituye el punto central, e incluso controversial del poema; en Ortiz de Montellano, la alusión religiosa no existe. El punto de encuentro se halla en la necesidad de definición del objeto poético dentro de los parámetros posrománticos y modernistas. En la obra de madurez de Ortiz de Montellano el verdadero punto de encuentro con la poesía de Nervo se halla en la reflexión ontológica. Si no ha pasado desapercibida para la crítica la cercanía de “La hermana agua” con el poema cumbre de Gorostiza⁷, también es innegable que las reflexiones que integran El estanque de los lotos contienen el germen de los Sueños; Ortiz de Montellano recoge el reto implícito en el poema “Epitafio”, de ese libro: “Intentó, con ardor, pero sin fruto, / resolver la ecuación de lo Absoluto., / hasta que, al fin, cayó en el lago quieto / en cuyo fondo estaba el gran secreto!”.

Lourdes Franco



⁷ Vid. Manuel Durán. *Genio y figura de Amado Nervo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968. // Amado Nervo. *Antología poética*. Prólogo y selección de Juan Domingo Argüelles. México: Océano, 2001.